

Médar SERRATA: *La poética del trujillismo. Épica y Romance en el discurso de «La Era»*. San Juan / Santo Domingo: Isla Negra editores, 2016, 284 pp.

Este importante libro, considerado como «el más contundente y profundo trabajo sobre el tema del trujillismo» es un estudio del cuerpo ideológico del trujillato (1930-1961) y un análisis temático, estilístico y social de un tipo de discurso de extrema derecha adoptado por varios intelectuales que adjudicaba a Rafael Leónidas Trujillo el papel de un nuevo héroe destinado a crear la Patria Nueva. Esos intelectuales ayudaron a establecer la legitimación del dictador y a definir la identidad dominicana a través de estereotipos racistas y nacionalistas. Hay un lazo entre muchas obras literarias y el discurso oficial de la dictadura al definir a la nación dominicana como hispanohablante, católica, y apegada a los valores de la tradición. Dentro de esta concepción el negro es designado como símbolo de la barbarie, como el «invasor haitiano» ajeno a la nacionalidad dominicana.

Para situar el nacimiento de estas ideas, Serrata menciona el antihaitianismo, y su conexión con el trujillismo y parte de la sentencia TC 168-13 del Tribunal Constitucional Dominicano que en 2013 despojó de la nacionalidad dominicana a miles de personas de ascendencia haitiana. A continuación se centra en cuatro autores representativos del pensamiento trujillista, Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954), Joaquín Balaguer (1906-2002), Tomás Hernández Franco (1904-1952) y Ramón Marrero Arísty (1913-1959).

El primer capítulo traza la trayectoria de Peña Batlle, quien antes de convertirse en el más decidido intérprete de las ideas de Trujillo había sido conocido por su liberalismo en sus críticas a la ocupación americana de 1916 a 1924. Fue el principal ideólogo de una campaña de limpieza étnica conocida como Dominicanización de la Frontera. Sus ensayos revelan las huellas del positivismo y de la teoría de la raza cósmica del escritor mexicano José Vasconcelos. Sin embargo, a pesar de su posición antihaitiana, ante la incógnita planteada por Estados Unidos, Peña Batlle postula la necesidad de una Hispanoamérica unida, una raza hispana aunque sin catolicismo y una alianza entre las naciones antillanas. Haciendo eco de la polémica suscitada sobre la disparidad entre naciones latinas y anglosajonas, propone que España debe ser el elemento de reacción contra la influencia de Estados Unidos.

Con el ascenso de Trujillo, Peña Batlle vivió en una especie de exilio interno alcanzando su reputación como enemigo del régimen. En 1937 dio a conocer su ensayo «Enriquillo o el germen de la teoría moderna del derecho de gentes», el primero de sus dos ensayos sobre la Rebelión del Batoruco, donde abandona la imagen favorable de España y la representa como potencia colonial. Posteriormente Peña Batlle volvió a plantear como

enemigo a Haití, convertido en la principal fuente de mano de obra de la industria azucarera dominicana. En enero de 1943, fue nombrado Secretario de Estado Interior y Policía, con la misión de supervisar las fuerzas de seguridad y el trabajo propagandístico para fortalecer al régimen.

El segundo capítulo enfoca la obra de Joaquín Balaguer y su relación con los monumentos dominicanos. En 1870, se proclamó la primera medida para establecer a las estructuras coloniales en monumentos proclamando su valor histórico, legislación que implicaba el amor por la herencia hispánica que continuó más allá del fin del régimen de Trujillo. Muchos intelectuales exaltaron los monumentos como símbolos de la identidad dominicana, y entre ellos sobresale Balaguer; poeta, historiador, ensayista y novelista. Había empezado su carrera como funcionario de la dictadura de Trujillo y su ascenso se relaciona con la publicación de su libro *Guía emocional de la ciudad romántica* en 1944, que se convirtió en un documento central del discurso del régimen.

Es de especial interés el análisis que Serrata hace de las cuatro ediciones que en un período de cinco décadas tuvo este libro, (1944, 1969, 1974, 1992). Establece que fue un documento que refleja las relaciones entre texto, imagen y poder, y desde la edición original se puede trazar el propósito de hacer de esa guía una contribución al llamado «mito fundacional de la Era de Trujillo». El libro está estructurado como un paseo que lleva al lector a través de la ciudad antigua. Serrata estudia las significativas variaciones de cada edición. Por ejemplo, la de 1944, solo tiene dos ilustraciones; una fotografía de Trujillo acompañada de la nota «Su Excelencia el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo, benefactor de a Patria, y la más alta cifra humana en el panorama político y moral de la República» y un retrato de Nicolás de Ovando, colonizador español y Gobernador General de la Isla Española (luego Santo Domingo). La edición de 1992, con casi un centenar de llamativas fotografías a color de Ángel W. Martínez, se diferencia de la de 1974, ilustrada por el cronista visual de la ciudad Max Pou con sus espacios de blanco y negro y juegos de luces y sombras, también presentes en la más breve edición de 1969. En todas las versiones las fotografías de monumentos arquitectónicos distribuidas en el texto con una cierta coherencia narrativa hacen que el lector visualice varias etapas del devenir histórico de la patria.

Interesan ciertas secciones especiales como la dedicada a la ceiba, que en el texto de 1944 juega un papel prominente y ofrece una versión condensada de la estructura del paseo. Según la tradición, Colón ató sus barcos a ese árbol «al llegar por primera vez a aquella tierra para incorporarla a la civilización cristiana». De esta forma el árbol se sitúa en la intersección entre cultura y naturaleza, el punto donde el paisaje del nuevo mundo se encuentra con la civilización occidental. Algunos monumentos son igualmente simbólicos, por ejemplo, la catedral, en cuya descripción, reaparece el tema de la inmortalidad como atributo del catolicismo. Balaguer la considera «la más severa interpretación que se haya hecho del estilo gótico en suelo americano». En la descripción de la Iglesia de las Mercedes, reaparece el tema de la transferencia simbólica del poder a través de las líneas del estilo romanesco, el cual según el autor tiene la capacidad de vencer sobre la muerte y el olvido. La imagen de las ruinas simboliza los momentos de crisis política y por el contrario, la sección titulada «La ciudad monumental» prepara el cierre ideológico del libro; la transferencia de poder del Santo Domingo colonial a Ciudad Trujillo.

Balaguer tuvo un papel fundamental en los acontecimientos de 1937, primero como Ministro interino de relaciones exteriores y luego como miembro de la élite intelectual que asumió la tarea de legitimar la masacre de inmigrantes haitianos al presentarlos como una amenaza al país. Esta posición llevaba el caso haitiano más allá de los límites de un enfrentamiento, para darle el significado de un conflicto ancestral religioso y racial de origen histórico. Ello se percibe en la materialización de la ideología imperial en los monumentos coloniales como condición fundamental para el avance de la civilización. Ciudad Trujillo queda establecida como centro de la Patria Nueva y la violencia se percibe como el único medio de llevar a cabo el proyecto civilizador. La importancia del mito de la reconstrucción para la épica trujillista quedó consignada en *La Nueva Patria dominicana* (1935), firmado por Emilio Espínola, subsecretario de la presidencia y Ramón Emilio Jiménez, secretario de educación pública. Es una compilación de decretos presidenciales, proclamas y fotografías con coincidencias temáticas con la *Guía espiritual de la ciudad romántica*.

Otra figura estudiada por Serrata es Tomás Hernández Franco, uno de los intelectuales de tendencia socialista que se unieron al régimen de Trujillo y nunca retiró su apoyo al dictador.

Sin embargo, su posición con respecto a Haití es ambigua. Su obra más conocida, el poema narrativo *Yélida* (1943), donde indaga el origen de la raza mulata, fue muy discutida porque escogía como escenario a Haití, y fue publicada cinco años después de la masacre de haitianos y en momentos en que el gobierno de Trujillo emprendía su programa de dominicanización del país. Con ello el autor destruía los fundamentos de la épica nacional que él mismo ayudó a construir cuando estaba al servicio de la dictadura.

La diferencia con respecto al discurso del régimen aparece desde más temprano. En un discurso de 1932, cuando Hernández Franco trabajaba como funcionario del Ministerio de agricultura se refirió a la dominicanización de la frontera y ponía en evidencia el papel del sistema educativo en la promoción del antihaitianismo. Consideraba que fuera del ámbito de la escuela, la frontera era la única puerta de salida para la violencia nacional, y la educación escolar era el frente. Por ejemplo, en las clases de historia y geografía, los niños aprendían a dar a la palabra un sentido de pérdida al evocar un tiempo de plenitud cuando los dominicanos eran dueños de toda la isla, la frontera añadía un nuevo límite a los impuestos por el mar, profundizando el sentimiento de insularidad y la idea de mutilación del cuerpo nacional. Pedía que se desmantelaran esas «fantasías nacionalistas» y proponía que en cambio se fijara la atención a la ocupación estadounidense de ambos países en 1915 y 1916, lo cual indicaba los destinos paralelos y no opuestos de Haití y la República Dominicana. Sin embargo, no consideraba esta unión permanente sino condicionada al período de ocupación americana.

Viviendo en París en la década de 1920, Hernández Franco descubrió la vanguardia y formó parte de los firmantes del «Grupo Minorista» vinculado a la revista *Avance*, adhiriéndose a la crítica vanguardista de la civilización occidental. En una serie de artículos para el periódico dominicano *La Información* promovió las ideas estéticas de las vanguardias, aunque unos años después criticaba a los ismos. En su obra de mediados de los años 30 no se suscribió a la idea de la hispanidad y abrazó los principios del movimiento afro-

caribeño, proyecto estético que ponderaba el papel de Haití en el imaginario del Caribe que coincidió con el surgimiento de la poesía negra y la poesía mulata que alcanzó su auge entre 1920 y 1940. Serrata indica que este movimiento implicaba un rompimiento con los modelos europeos, la revalorización de la negritud y el deseo de descubrir una conciencia nueva exenta de los rigores del racionalismo y cita entre los poetas más importantes a Palés Matós, Nicolás Guillén, Emilio Ballagas y Manuel del Cabral. Sin embargo, en la poesía de Hernández no se presentan los rasgos característicos de la poesía negra, él busca definir una zona mulata como base de la identidad caribeña, idea incongruente con la ideología racista de trujillismo. Hernández Franco atribuye una supuesta superioridad de la raza mulata, al componente amerindio, portador de la cultura autóctona, a la fácil adaptación del negro al ambiente de las islas que lo diferenciaba de los negros americanos y su habilidad para adaptar prácticas de otras culturas e incorporarlas a sus propios valores. Continuaba su ataque a la cultura hispánica en el surgimiento de una conciencia antillana cuando declaraba que la población de Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana «se expresa en español, piensa en español aunque ya no puede sentir como español». Considera Serrata que si bien la teoría de la identidad mulata ofrecida por Hernández era una solución utópica a los conflictos raciales del Caribe, lo más objetable de ella es que se ha interpretado como una retórica dirigida contra el negro.

El último capítulo del libro estudia a Ramón Marrero Aristy, y su novela *Over* (1937), donde denuncia la explotación de los trabajadores azucareros de la República Dominicana en el momento en que los ideólogos trujillistas proclamaban el nacimiento de una nueva era. Esta obra suscitó grandes elogios de la crítica sobre todo de Balaguer, que encontró en ella la expresión de sus propias ideas antiimperialistas y antiamericanas en la industria azucarera. En efecto, la novela puede leerse como una crítica a la dominación neocolonial impuesta por Estados Unidos pero en verdad correspondía a los intereses de la política trujillista de nacionalizar la industria azucarera controlada casi exclusivamente por empresas norteamericanas. Serrata hace un análisis literario y social de los personajes de la novela y de los argumentos que se esgrimen contra el poder imperial, e indica que aunque se condena la explotación de los trabajadores, nunca se menciona el nombre de Trujillo y de hecho se exonera al dictador de toda culpa. La representación de los trabajadores migratorios como víctimas de una nueva forma de esclavitud en la República Dominicana coincide con el papel que la épica trujillista asignaba a los haitianos y reproduce los estereotipos del antihaitianismo.

Marrero, después de haber militado en las filas de la oposición se puso al servicio de la dictadura y su vertiginosa carrera en el gobierno culminaría con su asesinato en 1959 por órdenes de Trujillo. Si bien sintió genuina preocupación por la clase obrera, en 1940 aceptó un puesto como agente cultural fronterizo convirtiéndose en uno de los ideólogos del programa de dominicanización de la frontera. Defiende la herencia hispánica del pueblo dominicano en una reseña publicada el 5 de octubre de 1943 en el diario *La Nación*, resumiendo el propósito de una de sus charlas: «la tesis principal era demostrar el limpio origen de nuestro pueblo, de profunda raíz hispánica e hidalga desde la gran expedición organizada en el segundo viaje de Colón en que vinieron a la isla personas principales de España, tanto caballeros de la casa real como escogidos miembros del clero».

Concluye Serrata que más de cincuenta años después de la muerte de Trujillo las ideas que promovieron los intelectuales que trabajaron a su servicio siguen siendo el horizonte de expectativa del discurso nacionalista y símbolo del hispanismo conservador de una parte de la sociedad dominicana. Esa persistencia se debe en gran parte a la reescritura de la historia realizada por Joaquín Balaguer.

Una importante bibliografía completa este documentado e inteligente libro, con una magnífica prosa que hace que se comprendan bien los vericuetos del poder. Es una obra básica para los estudiosos del Caribe, de Latinoamérica y de los lenguajes del nacionalismo.

Lily LITVAK